Querido Diario:

Marcela Guijosa

De nuevo mi madre. Mi madre-yo misma. Todas nuestras madres, todas las viudas, todas las mujeres viejas solas. Todas nosotras mismas dentro de algunos años.

Ya no podrá seguir viviendo en su viejo departamento de siempre. Hoy lo que conviene es convertir todos los edificios, antes de renta, en *condominios*. O sea, o eres millonaria o te vas al carajo. O lo compra (al contado, trece millones, baratísimo) o se sale. Es decir, se sale.

Sus cuatro hijos estamos pensando qué hacer, dónde vivirá. Estamos buscando algún lugar chiquito que pueda comprar, o tal vez rentar. Haciendo cuentas, tejiendo fantasías, consiguiendo préstamos, tronándonos los dedos.

Y vieras cómo entiendo tu angustia, mamá. La muerte de tu marido (tu media naranja, tu media carne, tu media vida), hace pocos meses. Como si te hubieran arrancado un ojo o una pierna. Un miembro que te dolía, que estaba enfermo, pero que era tuyo. Sientes que te lo cortaron de tu carne, y aún no te acostumbras a tu nueva ligereza como de mutilada.

Y cuando te empezabas a parar tú sola, con tantos trabajos, inventando ese nuevo equilibrio que nunca habías vivido, sientes que te quitan, literalmente, *el suelo*. Ese suelo y esas paredes y ese techo que por 30 años fueron tu casa. Te quitan tus viejas costumbres de moverte como te mueves cotidianamente en ese pasillo, en esa recámara, en ese baño azul. Tu ritual de la lavada ya nunca va a ser igual, aunque conserves tu vieja Hoover. Tú hiciste esa casa pero cómo también esa casa te hace a tí.

Y sientes que tienes que cambiar tanto, en otro lugar. Y es cierto, porque cómo estamos hechos de rutinas, de mañas y de movimientos que dependen de las cosas y los espacios que nos rodean. La gran mesa del comedor que poco a poco se fue convirtiendo en el lugar más socorrido para platicar —con cafés y cigarros— nos hizo a todos adquirir la costumbre de nunca usar la sala: yo también recibo a mis visitas en mi comedor.

Y cómo te bañas ahora y cómo te bañarás de otro modo, porque las regaderas nunca son iguales y el lugar del jabón y dónde colgar tu bata. Vestirte y arreglarte en el baño o en la recámara. ¿Tendrás tocador? ¿Lavarás tus trastes a gusto en tu nuevo fregadero?

Tu espacio tendrá necesariamente que ser reducido. Todas tus cosas, todo lo que cabe en tus múltiples closets y cajoneras. Venderlo, tirarlo, regalarlo, te dicen. Es como si te pidieran otra mutilación: vende tus ojos y tus recuerdos, te pueden dar una buena lana. Regala tus esfuerzos y tus manos: a tus hijas les servirían mucho. Tira tus dientes y tus venas, para qué guardas tantas mugres que ya ni sirven, la verdad.

Hazte chiquita. Puedes caber en 50 metros, sabiéndote acomodar.

Y lo peor, la siempre presente amenaza de tener que irte a vivir con alguien. La posibilidad de la abdicación forzosa. Tú la Señora, tú la Madre y la Dueña. Tú la Mandamás tal vez tengas que venirte a alguna de nuestras casas o a la de tu hermana. Y entonces abuelita incómoda y criticada o hija de tus hijas o hermana menor de tu hermana menor, callada y prudente en casa ajena.

Ser Ama de Casa. Tanto que renegamos, pero qué terrible dejar de serlo, porque muchas veces es nuestro *único reinado* y nuestro *único poder*: tu cocina, tus carpetitas, tu mechudo, tus plantas. Tu horario, tu estilo, tus recetas. Tu propio orden sobre tus propias cosas.

Cómo no te va a doler renunciar a todo eso, sobre todo si nunca tuviste otra profesión ni otra fuerza ni otra seguridad.

Cómo no me va a dar miedo la vejez, si después de ser adulta te puedes convertir en una especie de niña dependiente y achacosa.

No nos queda otra que seguir buscando un lugar digno para nuestra madre, como se pueda, a pesar de la crisis. Y poner nuestras barbas a remojar: necesitaremos un lugar digno nosotras mismas, para un tiempo que no está tan lejano.